

Un tío en París

PALOMA BORDONS





Un tío en París

edebé

Paloma Bordons

Un tío en París

edebé

© Texto e ilustraciones: Paloma Bordons, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de colección: Book & Look

Primera edición, septiembre 2018

ISBN: 978-84-683-3605-3
Depósito legal: B. 11987-2018
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. La primera vez	7
2. ¿Y tío Manolo?	14
3. La torta del Casar	21
4. La Institución	32
5. El trabajito	37
6. La Caja	48
7. La pesadilla	60
8. El plan	64
9. El mural	74
10. El chivatazo	80
11. Nenúfares	88
12. La revuelta	96
13. Un pintor <i>impresionante</i>	105
14. Nombres de guerra	112
15. Negocios	123
16. Trasquiladas	131
17. La vieja y yo de viaje	138

18. Delito delicioso	149
19. Lo que tenía que pasar	154
20. Air du Temps.....	162
21. Caza a los Doce	172
22. Doce más una	177
23. Tejado con vistas	183
24. Reencuentros	194
25. Un final de cine	204

1

La primera vez

— ¡A y, mi Manu, que se me va al extranjero!

La madre de Manuel le estrujó entre sus brazos hasta que le crujieron los huesos. Tenía los ojos húmedos, y eso le puso a Manuel un nudo en la garganta.

Luego le advirtió lo del queso. Por cuarta vez.

—Dale a tío Manolo el queso nada más llegar, que si lo dejas en la maleta empezará a oler.

—Que sí...

Su madre se volvió hacia el empleado que los atendía.

—¿Me lo cuidarán ustedes bien? Mire que el chico nunca ha ido en avión.

Manuel se puso colorado. Su madre hablaba demasiado alto. Le pareció que los otros pasajeros le miraban burlones. Tenían pinta de ir en avión un día sí y otro no.

—Sí, señora, lo cuidaremos muy bien. Pero ahora tienen que despedirse. A partir de aquí solo pueden pasar los viajeros.

El hombre le colgó del cuello una funda transparente con un cordón amarillo y rojo.

—No te la quites. Ahí van tu pasaporte y todos tus papeles —le advirtió.

—Eso. Ya has oído al *azafato*. Hazle caso en todo —le dijo su madre.

Y le volvió a estrujar y le volvió a recordar lo del queso, y luego se puso a decirle adiós con la mano. Siguió haciéndolo hasta que Manuel pasó el control de pasajeros.

Y quién sabe. A lo mejor siguió moviendo la mano cuando Manuel ya no la veía, mientras embarcaba, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, mientras el avión tomaba carrerilla y Manuel se quedaba pegado al asiento sin respiración.

—Es tu primera vez, ¿no?

Manuel abrió los ojos, que había apretado sin querer, y miró a su compañero de asiento. Era un chico más o menos de su edad.

—Ya he volado otras veces —gruñó Manuel.

—No es lo que ha dicho tu madre —replicó el otro con retintín.

—Eh... En avión no he ido, pero he ido en helicóptero —improvisó Manuel.

No hay como una mentira para tapar otra.

—Ya, claro, en helicóptero... —repitió el chico.

Mejor dicho: la chica. Porque era una niña. Cuando se volvió hacia Manuel para dedicarle una sonrisa guasona, este vio que llevaba una diadema con una flor medio enterrada en su pelo rizado.

—Me llamo Luisa —dijo, despejando así todas las dudas sobre su género—. ¿Y tú?

—Manuel.

—¿Y qué se te ha perdido en París, Manuel?

—Voy a ver a mi tío.

—¿No me digas?

Luisa parecía muy charlatana, pero Manuel, que no lo era, fue quien acabó hablando más. La niña no se cansaba de preguntarle cosas y él respondía de buena gana, halagado por su interés.

—Sí, mi tío Manolo vive en París desde hace años. Es pintor, y de los buenos.

»... No, casi nunca viene a España, porque está muy ocupado. La última vez que lo vi, yo era muy pequeño.

»... No. Mi madre y yo no hemos ido nunca. A mi madre no le va mucho eso de viajar.

»... Es que mi madre se va a operar de una hernia y luego tiene que hacer un mes de reposo. Por eso me manda a pasar el verano con mi tío.

»... Sí, debe de ser bastante famoso. En mi pueblo todos están muy orgullosos de él. Le han puesto su nombre a una calle y todo.

Con tanta charla, Manuel se olvidó de que estaba en un avión y empezó a relajarse. Cuando pasó un tripulante ofreciendo bebidas, se sentía ya de lo más a gusto.

—¿Queréis tomar algo, chicos?

—Un zumo de tomate —pidió Luisa.

—Eeeh... Yo nada —dijo Manuel.

Su madre le había dicho que fuese muy cuidadoso con el dinero.

—Es gratis —le aclaró Luisa, como si le hubiese leído el pensamiento—. Anda, píde-te uno tú también. Seguro que en los helicópteros no dan.

Manuel no estaba seguro de que le gustara el zumo de tomate, pero aceptó. Aquel era un día para las experiencias nuevas.

—También queremos cacahuetes —dijo Luisa al hombre—. Dos bolsas para cada uno.

—Es una bolsa por persona.

—Con dos estaremos más contentos con esta experiencia de vuelo. Es importante que los pasajeros estén contentos. Claro que, si no lo están, pueden rellenar un cuestiona-

rio de Iberia y decir lo que piensan del servicio a bordo y de la tripulación. ¿Verdad, sobrecargo Julio?

El sobrecargo Julio endureció el gesto y dejó caer dos bolsas de cacahuets en cada mesita.

—¿Cómo sabes su nombre? —susurró Manuel, impresionado.

—Lo ha dicho antes por el altavoz.

Desde luego, a la chica esa no se le escapaba una.

Los cacahuets les dieron mucha sed y tuvieron que apretar dos veces el timbre para que viniera Julio a traerles agua. Y claro, poco después, Manuel tuvo muchas ganas de hacer pis.

A la vuelta del aseo le esperaba en su mesita plegable otro zumo de tomate.

—Se lo he pedido a Julio para ti. —Luisa le hizo un guiño—. Y me lo ha traído con mucho gusto.

Manuel estaba harto de zumo, pero le pareció mal dejárselo. No quería enfadar más

al sobrecargo ni ofender a Luisa. Se obligó a beberlo a sorbitos, y en esas estaba cuando se quedó dormido.